



Amanda Pedrozo

Infidelidad

Vos sabías lo que hubo entre nosotros y no te importó aceptarle la invitación, prometerle pasar por su casa a las ocho treinta, el 1065 del barrio Carmelita, mientras yo veía esa cara que conocí antes que vos, cuando también le aceptaba invitaciones.

No tenías derecho. ¿Acaso te pusiste a pensar qué de malo hubo entre nosotros para acabar una relación de cinco años, un día sobre el otro en que la vida no era otra cosa que él (como ahora lo sos vos) y esa separación que hubiese olvidado sino fuese por lo que dolió? Y esta noche saldremos con él y con Mireya, su esposa, compañera tuya en la oficina.

Conociéndote juraría que lo luciste por curiosidad, por montarte una escenita difícil donde olvidemos un poco la televisión después de la cena y las caricias que últimamente se quedan flotando sobre la espalda porque el sueño llega antes del beso en serio, ese distinto a todos, el que huele a cuerpo, el que me obliga a desvestirte mientras, como si no lo supieses, te repito que te quiero.

Estuviste distinto en casa y mejor no lo niegues porque te conozco al punto de percibirte las ideas, la conducta maliciosa, la mirada atrevida eligiendo las medias negras, el vestido rosa que me compraste en el aniversario de la empresa, la escena de la cajita de terciopelo sobre la cama y tu sonrisa de burla abrochándome la gargantilla que alguna vez me viste admirar en una vidriera. Lástima que también vos me intuyas las tretas, el dedo húmedo cayendo por tu espalda desnuda, mi boca buscando la tuya ocupada en desbaratar con gestos amables, mis planes de retenerte en casa.

En el auto no podía dejar de pensar que después de todo te saliste con la tuya. Que más que de nadie, esta sería tu noche. Sé cuánto te molestaba mi silencio, pero de verdad no hubiese podido [86] hablar porque mi mente vagaba entre las luces de la avenida y el olor a menta de tu colonia, cantaba a gritos con un Clapton mal sintonizado y no dejaba de ver las estrellas prendidas a un cielo indiferente a nuestras cosas.

En principio me tranquilizó el cambio de planes porque no tuviste en cuenta lo complicado que sería llegar hasta su casa, el telefonazo y tu explicación de que quedaron en el «Luna», a la hora establecida. No lo podía creer. Allí estaban, recostados contra el auto. Ella con un vestido de seda ceñido al cuerpo, muy maquillada, pendientes haciendo juego con unas pulseras ostentosas, las que vos amenazabas regalarme porque sabías cuánto me desagradaban. Él, traje negro, camisa blanca, un principio de canosidad en el pelo, sus ojos viéndome como sabía que iban a hacerlo por el resto de la noche. Pero vos no lo sabías. Vos ni siquiera lo quisiste considerar cuando me tomaste del brazo y precipitaste el encuentro.

Mireya me agradó. Se portó bien acompañándome al toilette, confesando cuánto le molestaban los tres meses de embarazo que se le empezaban a notar. «Voy a estar fea», decía mientras clavaba sus ojos de orgullo en el espejo, posiblemente extrañada con mi silencio fuera de lugar en ese momento en que le hubiese dicho que no, que el embarazo pone atractivas a muchas mujeres, que entenece a los hombres y los hace volver a casa con un ramo de rosas y un paquete de chocolates con almendras.

No quería pensar en la mesa, en esos hombres involucrados en una conversación insulsa, aliados en la terrible misión de pescarme un gesto comprometido mientras yo sólo quería no volver a verlos en mi vida.

Era una maldición; lo tenía comprobado. Bastaba no quererlo para terminar acaparando la atención del grupo. Si me agradaba la pizza, si estaba bien el vino, si no prefería un helado de chocolate al de vainilla que recomendaba la casa, si qué opinaba de la música. Incluso Mireya se prestaba, sumisa, como seguramente quería que la viésemos, tonta, apartándose del juego de conquista que esos hombres intentaban frente a sus ojos.

Pero lo que no te perdoné, lo que no voy a olvidar mientras viva [87] es lo que hiciste después, cuando sabiendo que no te iba a decir que no, sacaste a bailar a Mireya y me dejaste sola con él, con sus ojos bajando descaradamente por el escote del vestido rosa que en mala hora me puse, por las piernas que me veía desde el corte horizontal de la mesa.

Por eso salí a bailar, porque todo era preferible a seguir frente a él, presa de aquel examen minucioso que me dejaba los pies helados. Sé que no te gustó ver mis brazos en su pecho, pero por supuesto no dijiste nada y fui yo quien le corté la diversión apartando sus manos de mis caderas cuando Mireya y vos volvían a la mesa riendo quién sabe por qué tontera.

Era imposible no sentir sus labios abiertos sobre mi pelo, su cara llenándose del olor a frutas del champú que seguía siendo el que él recordaba, aquel con el que tantas veces le lavé el pelo en el lavatorio del departamento donde compartimos un amor tranquilo, un amor que terminó aburriéndole.

Tu voz dejó de ser amable cuando nos despedimos. Estabas cansado. Tomaste más cerveza de la que acostumbramos y eso prometía uno de tus dolores de cabeza que terminaban en mal humor a la hora del desayuno.

No hablaste en todo el camino y te agradecí; tampoco yo quería hacerlo. Era preferible tu mano acariciando mis hombros, bajando por el escote, levantando el corpiño que terminaste de desabrochar en el dormitorio junto con otros cierres que cayeron cuando también la luna lo hacía detrás de los edificios, sumergiéndose en la humedad de la madrugada como yo lo hacía en tu boca, en tu cuerpo.

«Te quiero», te dije entonces, y esperé tu réplica, tu «te quiero» ronco, con olor a whisky, a emoción pasajera. Pero no. No eras vos el que lo decía así. El tuyo olía a cerveza, a colonia de menta, el tuyo era suave y claro como el día que comenzaba a ordenar sus figuras en la ventana.]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario